



La Generalitat sigue siendo un punto de referencia y esperanza, pero pocos rechazan ya el adjetivo "descafeinada", aplicado a una institución fundamental de gobierno. En la foto, Tarradellas con su Consell.

Cuestiones periféricas

LA POLITICA DEL DESPILFARRO

M. VAZQUEZ MONTALBAN

CUALQUIERA que haga un balance del año político catalán se mostrará prudente, reservado en el juicio, recortado en la valoración positiva, crítico ante la lentitud del cambio y, sin duda, olvidado ante lo que realmente fue un año de vértigo si lo comparamos con el volumen y peso de la totalidad de la era franquista. Comenzó 1977 en olor de pucherazo electoral, después del referéndum. Durante los cuatro primeros meses fueron legalizados casi todos los partidos políticos catalanes (con las excepciones más singulares de ERC y PTE); en junio se celebraron unas elecciones que significaron un aplastante triunfo de las fuerzas políticas más progresivas: PSC-PSOE, PSUC y Pacte Democràtic; el relativo fracaso de la derecha ucedista y el total fracaso de AP se convertían además en puntos referenciales de una situación política que sorprendió a Europa. La prensa italiana llegó a titular así: *Catalunya, rica y roja*. Transcurre el verano y estalla la Diada como estalla la primavera. Semanas después, Tarradellas entra en el Palau de la Generalitat y se le cuadra la guardia. Se forma el Consell, las comisiones mixtas, comienza el desmantelamiento del aparato franquista catalán. Catalunya tiene ante sí la urgencia de las elecciones municipales y la proximidad de las sindicales.

El resumen es impresionante y, sin embargo, nadie tiene el ánimo impresionado a la hora de hacerlo. En un año han cabido mil años. Cada semana, cada día, envejecen a una velocidad de años luz y, como consecuencia, hay una cierta sensación de insatisfacción colectiva. Esa insatisfacción deriva de evidentes desfases de forma y fondo. Unas veces las formas no aparentan la importancia del fondo y otras veces son sólo eso, formas o sombras de lo que pudo haber sido y no fue o de lo que aún no es y ha de ser. La Generalitat sigue siendo un punto de referencia y esperanza, pero pocos rechazan ya el adjetivo *descafeinada* aplicado a una institución fundamental de gobierno, cuya credibilidad es un punto clave en el consenso catalán hacia la democracia de la reforma.

Insisto en que el año acaba en pleno desencanto político generalizado. Las fuerzas políticas en presencia deberán hacer una seria reflexión sobre esta verdad objetiva y buscar las causas que les pertenecen y las que no les pertenecen. El clima de catastrofismo económico ha impregnado las Navidades catalanas, y los rumores sobre pagas extras sin pagar no se han acallado, unido al de la quiebra de características importantes que no vendieron lo esperado, abandonadas por el estómago, el corazón y el cere-

bro de la burguesía consumidora. Lo evidente es que hemos pasado unas fiestas poco ostentosas y que hemos comido las uvas con una clara sensación de trámite nada esperanzado. El desencanto político es un factor subjetivo que, unido a la presión de la crisis económica y social, promete un duro año 1978.

La causa fundamental de ese desencanto es el desfase entre la politización superestructural y resultados cotidianos. Sólo las vanguardias están en condiciones de comprender el real avance que significan trabajos como la puesta en marcha de una Constitución, de una Generalitat, de un juego electoral sindical. Son instrumentos políticos que darán su juego en el futuro, pero que hoy no solucionan problemas acuciantes, presentes en la cotidianidad de la ciudadanía y la ruralia. Esta causa en parte se debe a la desinformación y deseducación política generalizadas y condicionadas por el franquismo. Este peligro, evidente, es la única posibilidad que le queda al franquismo de haber dejado algo atado y bien atado. Pero sería injusto, y sobre todo peligrosamente inútil, reducir el fenómeno del desencanto a una cuestión de deseducación y desinformación. Las fuerzas políticas no han sabido establecer puentes con

las masas, no han sabido capitalizar el consenso electoral de junio, ni en la forma ni en el fondo. No hay correas de transmisión válidas entre los partidos hegemónicos y la clientela electoral obtenida, y si fracasan estos mecanismos, unido a los factores culturales heredados del franquismo, sólo quedaría la intervención posible del Espíritu Santo como factor de convocatoria del consenso colectivo.

La victoria de la izquierda en junio pone sello de urgencia en las exigencias populares. Si se deja pasar más tiempo aquella victoria electoral y los resultados políticos públicos, puede producirse un deterioro de imagen que potenciaría al centro y a la derecha. De ahí que en Catalunya sea imprescindible la convocatoria de elecciones municipales que den a las fuerzas políticas auténticas herramientas de transformación de la realidad vacilante de todas las mañanas. De no venir pronto las municipales, no sólo correría peligro la hegemonía de la izquierda, sino que correría peligro la credibilidad democrática en su conjunto. Las elecciones sindicales y municipales pueden ayudar a que el pueblo "toque" democracia y esta señora deje de ser exclusivo manjar de dioses parlamentarios, mayores o menores. Los partidos de izquierda esperan las elecciones municipales como un medio para poner en tensión a sus propios militantes, un tanto desganados y participantes del tono de escepticismo colectivo. No sé si me he explicado suficientemente, pero llegaría a la conclusión de que si las elecciones municipales no existieran habría que inventarlas.

Hace años, uno sólo de los trascendentales acontecimientos que Catalunya y España han vivido en doce meses hubiera sido alimento político suficiente para toda la comunidad. Hoy, por lo visto, las conquistas políticas objetivas y subjetivas se gastan en segundos y a los teóricos de la economía del despilfarro les propongo como tema de reflexión el de la política del despilfarro. La avidez consumidora de esperanza ha dejado de ser poética para ser neurótica. Pero no es una neurosis surgida de la meditación trascendental a partir de la propuesta del ombligo individual o colectivo. Se trata de la expresión de la insatisfacción individual y colectiva en un apetito voraz de televisores en color, emociones eróticas, acontecimientos políticos. ■